

REALIDAD HUMANA Y MUNDOS DE FICCIÓN.

Ángel González Fernández. Universidad de Santiago de Compostela.

Resumen. Una filosofía de la literatura ha de ocuparse de dos problemas de honda significación para la Antropología Filosófica; por un lado, la dimensión existencial de la literatura: el porqué de la inveterada afición humana a crear y a instalarse en mundos de ficción. Por otra parte, la cuestión de la onticidad de las realidades literarias: en palabras de Unamuno, "¿quién es más real, Cervantes o don Quijote?"

Abstract. A philosophy of literature must address two problems of deep significance for Philosophical Anthropology. The first concerns the existential aspect of literature: wherefore the inveterate propensity of humankind to create and live in fictitious worlds? The second is the onticity of literary reality: in Unamuno's words, "Who is more real, Cervantes or Don Quixote?"

La exploración y análisis de los factores que puedan explicar la inveterada afición humana a crear mundos de ficción y a instalarse más o menos transitoriamente en ellos constituye una de las grandes cuestiones a abordar por parte de una filosofía de la literatura e incide de forma directa sobre el objeto de la Antropología Filosófica. La constancia y universalidad de la afición a que nos referimos están, por lo pronto, en la base de lo que cabe considerar dimensión existencial de la literatura. Esta, en efecto, sirve a la vida en la medida que proporciona al viviente humano elevadas dosis de ficción, bella y sugestivamente pergeñada, en forma de argumentos, personajes, acontecimientos, situaciones, etc., que, con carácter más o menos transitorio, van a ser objeto de vivencia por parte del sujeto, no obstante el hecho de que éste sea consciente de que todo ello está más allá de lo constatable o históricamente probable.

Entre los quehaceres fundamentales de una filosofía de la literatura habría que contar, además de la cuestión a que acabamos de referirnos, aquella otra acerca del grado o nivel de onticidad que corresponde a las realidades literarias, así como la de su parangón con la realidad empírica o histórica, es decir, aquella cuestión que Unamuno concretaba al preguntar: "¿Quién es más real, Cervantes o don Quijote?", ¿de quién cabría, en efecto, predicar con más propiedad el atributo de real: de la persona del autor de su famoso e inmortal personaje? Es, en definitiva, la cuestión de la distinción y de la posible preeminencia entre la verdad óptica, lo que de hecho se da, y la verdad existencial: lo que cuenta para la existencia del sujeto y, en gran parte, la condiciona, por más que pueda no darse y no contar en el plano de la realidad empírica o histórica.

En el fondo, estos dos problemas, de los que, según decimos, debe ocuparse una filosofía de la literatura -el de la dimensión existencial de la creación literaria y el de la onticidad de las realidades literarias- remiten a una cuestión que cabe considerar fundamental en la Antropología Filosófica: el de las peculiaridades ópticas y operativas de un ser, como el humano, que se ampara en la ficción y vive de ella, es decir, que se mueve entre la percepción de la insuficiencia de la realidad en que se da y existe y la conciencia de no ser del todo lo que, por otra parte, le apetece ser. Estas dos insuficiencias radicales le conminan a crear y a crearse; a crear mundos implicándose de mil formas en la realidad creada; y a esta tarea se aplica con vehemencia y aun consciente de que, a base de crear, el nivel cualitativo de la realidad en sí no se incrementa y, por otra parte, a base de crearse, tampoco consigue dar, por más que se aúpe, un codo más a su estatura. Esto no obstante, estas dos trascendentales ficciones, la de lo que es y la de lo que se es, pueden suscitar la vivencia de plenitud y, en esa medida, la felicidad: vivir de lleno la ficción de felicidad, con pleno sentimiento de tal, es indudablemente un notable nivel de felicidad; en ningún caso como en el de la felicidad la apreciación personal coincide con la realidad: es la realidad vivencial, algo dentro de las coordenadas de la gran

verdad existencial.

Siendo así las cosas, la cuestión de la onticidad y operatividad existencial de la ficción se constituye en fundamental para la antropología y obliga a los autores, desde el campo de la filosofía o desde el de la literatura (que se vuelve a veces, y con no poca fortuna, reflexión sobre su propio sentido) a revisar criterios muy asentados, por otra parte, en la tradición del pensamiento occidental.

Cuando, en efecto, el canónigo que aparece al final de la primera parte del Quijote recomienda encarecidamente al caballero que se deje de leer el relato de ficciones como las que aparecen en los libros de caballerías (“tan lejos, dice, de ser verdaderos como lo está la misma mentira de la verdad”¹), que son las que le llevaron a instalarse en la ficción de ser caballero, y se aplique, por el contrario, a leer en la Escritura las hazañas que se relatan en el Libro de los Jueces, o las biografías de César, de Aníbal, de Alejandro, del Cid o de Fernán Gonzalo, pongo por caso (de lo cual –dice– “saldría erudito en la historia” y “enamorado de la virtud”), es realmente toda la tradición cultural de Occidente la que apoya su demanda.

El canónigo a quien nos referimos es el representante y mandatario de la racionalidad, de la sensatez, de la verdad; procede en nombre de la incuestionable realidad: del ser, al que sólo la senda de la razón puede conducir, como dejara sentado Parménides. Por el contrario, el caballero andante se ha instalado en el plano de la onticidad literaria, que, presente en los libros de caballería, es pura ficción: ficción, sin embargo, en la que el personaje se instala y en la cual y de la cual vive y se nutre, y que, de hecho, es la que acaba poniendo en su vida horizonte, aliciente, optimismo, sentido, inagotable capacidad proyectiva y virtud, virtud heroica.

El afianzamiento y consagración de la actitud racionalista, en la que la sensatez vital se sitúa en la línea de la racionalidad cognitiva y ésta en la de la *episteme*, es decir, en la exploración del ser, de lo que realmente hay, con la consiguiente condena de la ficción, por más bella que se nos presente, suele hacerse remontar al discurso platónico, en el libro X de La República, cuando se declara la expulsión de la poesía de la ciudad, tildándola, precisamente, de “insulto a la sensatez”², toda vez que el mundo que se nos presenta en las obras de los poetas está constituido por “meras apariencias, pero no realidades”³.

No obstante ser contundente esta condena, es preciso reconocer que ya antes, en el libro VII del mismo diálogo, Platón, cuando expone el mito de la caverna, ha referido con todo detalle las dos actitudes radicales y las dos líneas fundamentales del proceder humano a la hora de procurar remedio a la insuficiencia de la realidad en que el hombre habita, así como de sus propias insuficiencias: la línea de la *episteme*, la del ser, y la de la *poiesis*, la de la creación imaginativa, la de la ficción, pronunciándose el filósofo inconfundiblemente a favor de aquella y en contra de esta última.

La vía de la *episteme* es la de la ascensión, que pone al sujeto fuera de la caverna y, desde la incuestionable realidad de los objetos, conduce o, cuando menos sitúa al sujeto en la dirección de la Idea, la autenticidad de lo real. Pero, al tiempo que esto se hace, tampoco se recata Platón de consignar que el cavernícola, fiel a su *status* y acoplado a sus insuficiencias, da también con la fórmula existencial que le proporciona una realidad con sentido, vivida de forma placentera, y habla, así, el filósofo de “los honores, las alabanzas y las recompensas que se conceden en el interior de la caverna a los que demostraban más agudeza al contemplar las sombras que pasaban y acordarse con más certidumbre del orden que ocupaban, circunstancia más propicia que ninguna otra para la profecía del futuro”⁴. Aquellos prisioneros, condenados a vivir entre sombras logran hacer de esas sombras realidades con sentido, a base de poner en ejercicio su capacidad creativa y proyectiva: ahí

¹ M. de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, 1ª, XLVIII, Instituto Cervantes-Crítica, Madrid, 1998, pág. 562.

² Platón, “La República”, X, 595, a, en *Obras Completas*, Aguilar, Madrid, 1972, pág. 827.

³ Platón, “La República”, X, 599, b., pág. 829.

⁴ Platón, “La República”, VII, 517, a, pág. 779.

está la *poiesis*. El nivel de satisfacción vital que produce en los cavernícolas esta vida suya, activa y creativa, más que meramente contemplativa, es tan significativo que “procederían, dice, a cogerle en sus manos y matarle, al que intentara desatarles y obligarles a la ascensión”⁵.

Todo esto no obstante, es claro el posicionamiento inequívocamente pro-epistémico de Platón, que, del mismo modo que no concibe belleza que no sea propiedad del ser (y de ahí sus reticencias con respecto a las obras de los poetas, aun tratándose del propio Homero) tampoco puede concebir felicidad si no es por la vía de la sensatez realista, de la que, a su criterio, permanecen enormemente alejados los habitantes de la caverna, “creadores de mundo”, como al poeta compete⁶, e instalados, así, en el plano de la ficción, tal vez de una realidad a la medida de sus apetencias, pero objetivamente fútil e insustantiva desde una perspectiva óntico-epistémica

Esta vigorosa apuesta por la actitud epistémica y, en suma, por la parmenídea vía de la razón (la “dictadura de la razón”⁷), camino del ser, con todas sus implicaciones en el orden ontológico, en el noético y en el eudemonológico, se mantiene prácticamente inmovible hasta que Erasmo escribe su *Elogio de la insensatez* y reivindica para ésta, no obstante la irracionalidad y su proclividad a la irrealidad (al no-ser, a la ficción), la virtualidad de poder conducir a la vida placentera, al disfrute del vivir y, en definitiva, a la felicidad, que no se escribe tal vez con mayúscula, quizá por ser algo más al nivel de la pequeñez humana y, por consiguiente, también al de nuestra efectiva capacidad de digerir.

En un remoto esbozo de lo que será *El Quijote*, y en la línea de la defensa del cavernícola platónico, escribe Erasmo de aquel ciudadano de Argos, que se pasaba “los días sentado sólo en el teatro, riendo, palmoteando, divirtiéndose, porque creía contemplar admirables tragedias, aunque de hecho no se representaba nada. Todo ello al tiempo que se conducía correctamente en los deberes de la vida y era agradable con los amigos, complaciente con la mujer, indulgente con los siervos, etc. [...] Como quiera que la librase la familia de la enfermedad a base de medicamentos, dijo así a los amigos: Por Pólux que me habéis matado, amigos. Nada me habéis favorecido arrebatándome así aquel placer y extirpado a viva fuerza aquel gratísimo error de mi vida”. A todo ello sentencia, firme y escueto, Erasmo: “razón tenía”⁸.

En esta línea erasmiana de defensa de la insensatez, esto es, de la ficción, frente al inmovible ser, está *El Quijote*, la genial obra cervantina: de la vida lánguida, gris, sin gracia ni aliciente, que constituye la realidad “sensata” del hidalgo manchego, se sale por vía de instalación en la ficción caballeresca, que es la que en verdad acaba poniendo norte, atractivo, sentido e incluso elevación psicológica y moral en el personaje, hasta el punto de que es él quien reiteradamente se manifiesta asombrado de la transformación operada: “de mí sé decir que después que soy caballero andante, soy valiente comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos...”⁹

Pero de esa ficción vive y se nutre, no sólo Alonso Quijano, sino también, a todo lo ancho del mundo y a lo largo de los siglos, hasta la actualidad, los innumerables lectores, admiradores y estudiosos de la obra cervantina, así como del vasto ámbito de la cultura que en ella se inspira. Y ello hace que el problema revierta, en definitiva, sobre nosotros mismos: ¿qué realidad, qué tipo de ser es el nuestro que así ha de vivir en la ficción y nutrirse de ficciones, del no-ser. En la vivenciación de este problema hay ciertamente una posición privilegiada, que es la del propio autor de la ficción (y todos somos, en definitiva, autores recalcitrantes de ficciones, más o menos transferibles a los demás, y en las que, como antes señalábamos, aparecemos implicados: ficción dentro de la ficción, ficción que genera la ficción de que se nutre)

Lo vio bien un importante autor gallego, Alvaro Cunqueiro, que, en el prólogo

⁵ Platón, “La República”, VII, 517, b, pág. 780.

⁶ E. Lynch, *Filosofía y/o literatura*, Universidad Pública de Navarra, 2006, pág. 85.

⁷ F.F., Ortega Muñoz, “Filosofía y poesía en María Zambrano”, en *Filosofía y Poesía*, Fund. Rielo, Madrid, 1994, pág. 13.

⁸ E. de Rotterdam, *Elogio de la locura*, Espasa Calpe, 7ª edic., Madrid 1979, pág. 74.

⁹ M. de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, 1ª, L., pág. 571.

de un libro suyo (todo un retablo o galería de personajes en que se refleja de forma inigualable la psicología, los usos y dichos típicos del campesino gallego) se pregunta cómo puede ser, en primer lugar, que esas sus ficciones puedan reflejar de forma tan certera la realidad y predicar acerca de ella, pero, sobre todo: cómo, siendo esos personajes algo de condición puramente fantástica, puede sin embargo suceder que el autor viva con ellos, entre ellos, que aparezca incluso en los propios relatos conversando e intimando amigablemente con ellos, de igual a igual, ¿no será que la nada de ellos, su condición ficticia, es en el fondo también nuestra nada, nuestra propia ficción?, ¿cómo podría saber yo tanto de éstos –dice Cunqueiro con referencia a sus personajes- si es que no los hubo ni los hay, si no es no habiendo sido, o no siendo?”¹⁰

El primer autor que así se “aniquila”, hasta acabar mostrándose al lector como personaje dentro de su propia obra es el propio Cervantes, que se hace aparecer a lo largo del Quijote como el personaje que encuentra, recoge y da forma, con ayuda de un morisco traductor, al manuscrito arábigo en que se relatan las famosas aventuras de don Quijote de la Mancha; él es el que además aparece en el prólogo de la primera parte de la novela, en animado diálogo sobre las características del libro con un supuesto amigo suyo, del que recibe ánimos, a la par que también sustanciosos consejos.

Ficción entre las propias ficciones, como luego se irá mostrando de forma explícita en muchos otros escritores (es el caso, en nuestro entorno próximo, de, en concreto, Pirandello, o de Unamuno, tan en la estela de Cervantes los dos, y no digamos el de Cunqueiro, a quien antes nos referíamos, no menos cervantista), el autor se constituye en retrato cabal de lo que en el fondo es el ser humano, todo ser humano: radicalmente disconforme consigo y lo suyo, abocado por ello a tener que ir incansablemente más allá de sí y lo suyo; algo, en fin, que para ser ha de excederse de lo que real e insuperablemente es, abriéndose en definitiva a una tras-óptica realidad, más allá por ello de lo racional, de lo empírico, de lo sensato y de lo efectivamente posible, su vuelo es en verdad el de Ícaro y su ascensión, tan esperanzadamente vivencial como de hecho inefectiva, la de Prometeo.

De nuevo estamos en Platón: *eros* es hijo de *Poro* y de *Penía* y tiene de los dos: una pobreza dada a trascenderse en la búsqueda efectiva de la riqueza; y una riqueza, en verdad imposible de facto, pero que se nos anticipa a modo de ficción y, al así hacerse presente, puede operar como aliciente en la vida del sujeto; la expectativa de felicidad, con independencia de lo que tiene de impulso en sentido existencial, es ya, en mucho, la felicidad, por más que, como se constata, esa expectativa no trascienda de hecho el plano de la ficción. La inagotable fuerza impulsora del deseo (pobreza) y, por otra parte, la imposibilidad real del logro efectivo (de la riqueza) hacen que la expectativa se mantenga indefinidamente en lo que tiene de realidad existencial y también de ficción, de luz y de sombra, al platónico modo; estamos en los mismos ser y no-ser que competen a la literatura, al arte en general, a pesar de que, como antes recordábamos, ello no lograra convencer a Platón, buscador, en definitiva, y aspirante a realidades efectivas, sin importarle la evidencia de que estas tengan que darse, desde luego, por encima del nivel de la existencia propiamente dicha, esto es, por encima de lo que en verdad es en sí el ser humano.

Ángel González Fernández.
Dpto. Filosofía y Antropología Social.
Facultad de Ciencias de la Educación
Universidad de Santiago de Compostela.
asmarti@usc.es

¹⁰ A. Cunqueiro, *Xente de aquí e acolá*, Galaxia, Vigo, 2ª edic., 1979, pág. 11.